

se ha de substituir con otro más moderno o más rico; las ropas se han de adquirir de las mejores y más finas; conozco familias cuyo haber no pasa de unas quince o veinte mil pesetas anuales, y que gastan en un equipo la renta de un año. La costumbre de la exhibición de equipos, en vísperas de bodas, fomenta mucho el desarrollo de una industria que yo reconozco encantadora, la de las prendas bonitas, como encajes, bordados y cifras, como espuma, todo lo cual tiene una poesía enorme, un atractivo de misterio nupcial; pero, ¡ay!, es un lujo desmedido, exagerado y vano, puesto que, de esos magníficos ajuares, pocos son los que llegan a usarse hasta romperlos; las novias suelen ser más delgadas y esbeltas que las madres de familia.

Y a los equipos se suman y añaden todas las exigencias y fruslerías de la moda, todos los repiques del intenso lujo, todos los detalles que se creyeran patrimonio solamente de las grandes fortunas, y que la vanidad asocia a las pequeñas, como si la exterioridad de la opulencia fuese la opulencia misma.

Y por esto — por las estolas de cibelina, por los volantes de encaje de Malinas, por las joyas espléndidas, por los estuches recargados de cincelada plata, por los muebles Luis XVI — ¡oh, indefectiblemente Luis XVI! — y por tantas y tantas menudencias es malo de anudar y bueno de aflojar el conyugal lazo...

**

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Desde que suprimieron un impuesto odioso, vejatorio, cruel, que pesaba sobre las clases pobres, etcétera, etc. — ya se adivinará que todo esto va con los consumos —, la vida es más cara que nunca, todo está «por las nubes», frase predilecta de las amas de casa y las patronas de huéspedes.

No faltaba quien vaticinase esto antes de la supresión: que íbamos a estar mucho peor; que ningún expendedor de subsistencias rebajaría un céntimo por concepto de haber desaparecido los consumos. Y así fué; pero, como aquí no hay verdadera preocupación social, sino que todo se reduce a política y más política, el fin político era lo que se perseguía, y para lograrlo, no se reparaba en los resultados presumibles de la modificación.

La carestía de Madrid es un hecho comprobado, y su progreso debe alarmar a los sociólogos y economistas. La supresión de los consumos (que estaban organizados en forma absurda y depresiva, eso es cierto, pero eran impuesto directo y lógico) ha elevado, en vez de abaratarlos, los precios de los artículos de primera necesidad, haciendo ascender igualmente el coste de las viviendas, al ser recargadas las fincas urbanas con nuevos impuestos y gravámenes.

Bromas, quejas, caricaturas y comentarios de toda especie dictó a la prensa, estos días, la subida del coste de las patatas. En un gráfico, un esposo galante presenta a su adorada consorte, en vez de un ramo de perfumadas flores, un cestillo lleno de los tubérculos que impuso Parmentier, como el obsequio máspreciado que, en estos momentos, podía ofrecerle...

**

No es de presumir que esta alza haya influido en el caso de haberse deshecho, ahora mismo, varias bodas concertadas; pero, sin relacionar lo que no guarda relación, diré que las bodas se dificultan, en todas las clases sociales, cuando las circunstancias económicas no son halagüeñas. Y acaso más en las altas clases. Porque los pobres no miran tanto al porvenir: con salir del día se contentan, y esperan siempre en algo que no definen, en una mejora de situación, en la lotería; para soñar les basta con muy poco... Y las clases más o menos altas, pero que, en suma, tienen exigencias de posición, múltiples y apremiantes, en vez de esperar, temen. Temen lo que se les viene encima, de obligaciones, compromisos, gastos, complicaciones de toda especie, y, este temor hace vacilar y hasta extinguirse antes de iluminar a nadie, la consabida antorcha.

Creyérase que dos individuos de la humana especie, que se unen para fin tan lícito como la formación de la familia, no tienen, por lo pronto, ni hay razón para que tengan, mayor presupuesto de gastos que la víspera de su unión. Y esto sucede en las clases obreras, en el pueblo; con o sin las formalidades de la ley, reúnen un hombre y una mujer bajo un techo, y el puchero, algo más abundante, es la única diferencia. Desde que ascendemos, las cosas varían. Ni los muebles, ni las ropas, ni nada del antiguo ajuar, de la anterior instalación, sirven para la nueva. El mobiliario

No cabe duda: en ciertos países, y especialmente en España, el incremento del lujo no responde al incremento de los capitales; todos dicen — trátase de Guerra, de Marina, de Obras Públicas, de lo que fuere — que no podemos alardear de capitalistas. Y, sin embargo, nuestras costumbres tienden cada vez más a moldearse en las extranjeras de naciones más pudientes, que nos dan el modelo de novedades, refinamientos y requilorios.

Ello tiene, como todo en el mundo, un lado bueno: el de que ayuda a la prosperidad de los industriales (aun cuando éstos no suelen ser españoles, en su mayoría). De todos modos, las industrias suntuarias, en estos últimos tiempos, han adquirido aquí vuelo e importancia. Hay excelentes fábricas de elegantes muebles, y nadie ignora lo que últimamente se ha hecho para estudiar y fomentar la construcción del mueble artístico en España, cosa lógica y de buen gusto. En efecto, hoy se reproducen las Talaveras, los sillones incrustados, los contadores de concha, las arcas de taracea, hasta la plata y los cueros repujados. Y ello contribuye a confirmar el sello nacional, en la casa y alrededor nuestro; ya es preciso desterrar la preocupación que admite el mueble auténtico antiguo, y proscribire su reproducción fiel y exacta.

No concibo qué género de desdén puede mostrarse respecto a un objeto que no se diferencia de otro estimado y tenido por precioso. Siempre lo antiguo habla más a la imaginación; pero el elemento decorativo puede ser igual en lo moderno. Y es preciso establecer una distinción, en la cual la gente no se fija. Suelen nombrarse objetos de arte los muebles, armas, cuadros, tapices y esculturas; pero si un cuadro es arte puro, un mueble es siempre, en el fondo, arte industrial. Los bellos guadamecies o cueros de Córdoba, constituyeron una industria, y, sin necesidad de que resucite ningún maestro del arte español, esta industria puede resucitar y rehacer los antiguos modelos, copiándose a copiarlos e inundando de ellos el mercado, si es posible.

**

En cambio, no será fácil renovar, como no se trate de algún *pastiche*, la inspiración del *Greco* y de Juan de Juanes.

En estos últimos días se ha rendido ampliamente culto a la memoria del *Greco*. Se han prodigado las conferencias, se ha celebrado en Toledo una ostentosa velada. Todo ello está muy bien, y ojalá con los demás pintores españoles que encarnan, en una o en otra forma, nuestro espíritu, se hiciese igual. Porque el *Greco*, que tanto significa dentro de la nacionalidad, no lo significa todo, ni mucho menos: y pudiera discutirse si la significación del *Greco* va más allá de la de Valdés Leal, Zurbarán, Pantoja y Ribera. Nótese que no estampo el nombre de Velázquez ni el de Murillo, porque sería preciso, para deslindar el papel de cada uno, escribir muchas páginas.

El *Greco* y Goya parecen resumirnos, por completo; no obstante, hay en el alma española más matices y ambientes de los que suponen estos dos maestros soberanos. Somos más complejos, y tenemos varios aspectos con ser tan honda la sugestión del *Greco*, y tan viva y real la de Goya.

Otro nombre ilustre al cual estos días se va a dedicar una conmemoración, es el de Víctor Hugo, que, como dijo Emilio Castelar, fué el poeta español que mejor rimó en francés. Víctor Hugo tuvo siempre una orientación española en su genio, aun cuando no supiese gran cosa de España, y cometiese los más graciosos errores al tratar asuntos nuestros, como en *Hernani* y *Ruy Blas*. Cuando yo le visité en París, en vano intenté recordar algunas frases españolas para decírmelas; pero, siendo esto auténtico, no es menos verdad que el tipo de su inspiración era, en gran parte, peninsular.

Y, nadie lo ignora, Víctor Hugo, en su niñez, estuvo en España, con su padre el general o mejor dicho el comandante Hugo, el que sentó sus reales en Guadalajara y fué sin cesar hostilizado y a veces derrotado por los guerrilleros de Juan Martín.

**

La estancia en España, no cabe duda, marcó profunda impronta en la mente del niño Víctor Hugo. De su paso por el pueblecillo de Hernani, sacó el nombre del famoso aristócrata y bandido, protagonista de su primer drama, cuyo estreno señala una fecha en los anales del romanticismo. Hay que decir que Víctor Hugo fué especialmente español, mientras duró el período romántico militante. Los jóvenes adictos a la escuela, llevaban como contraseña la palabra «Hierro», dicha en nuestro idioma, en el cual es alta, sonora y significativa, y no en francés. España se puso entonces muy de moda, y las guitarras, las serenatas, las rejas, los claveles y jazmines, las ojeadas (*oeillades*) de las pupilas negras, las mantillas, las gitanas, con otros accesorios de la guardarrapia nacional, dieron juego a los del *Cenáculo*. Gautier, que estaba mejor informado de nosotros que Hugo, no nos dejaba tranquilos, ni en verso ni en prosa, y su volumen de *Tras los montes* y su colección de versos *España* están ahí para demostrarlo.

Ello es que Víctor Hugo, durante esa etapa primera de su vida, entró en Madrid en el Colegio de Nobles, y por eso la calle donde ese Colegio se alzó, llevaba, tiempo ha, el nombre de Víctor Hugo. Ahora, trátase de colocar una lápida, por iniciativa de la colonia española de París, en este mismo edificio, en cuyas frías salas estudió sus lecciones de chiquillo el gran poeta.

La idea es excelente. Por encima de divergencias y restricciones, Víctor Hugo tiene una personalidad inmensa. Rindámosle el tributo que merece, con ese tono de respeto que la presencia de la gloria debe dictar e infundir.

**

Y al escribir esto, pienso en el caso extraño de la suscripción para el homenaje a Galdós, que, iniciada gallardamente y con generosidad verdaderamente regia por Alfonso XIII, no ha conseguido, al menos por ahora, adquirir el vuelo que deseábamos, no tanto los constantes admiradores del maestro, sino también los buenos españoles; pues esta suscripción es ya un compromiso de honor para la patria. No se entiendan mis palabras en un sentido que no tienen: yo admito que mucha gente, de buena fe, no contribuya a esta suscripción, fundándose en diversas consideraciones, que no cabe discutir: sería rarísimo que existiese unanimidad en tal asunto, tratándose de un escritor que, sobre todo en los últimos años, ha adquirido color político. Pero, ¿cómo no esperar, al menos, una nutrida mayoría, un núcleo numeroso? Esto sorprende.

Repito que nadie puede preciarse de ser grato a todos, y no sé de suscripción alguna en que no haya discordancias. Por desgracia, las hubo hasta en la de los heridos de la guerra, y lo sé por lo mucho que trabajé en pro de idea tan indiscutible. Pero esto es una cosa, y otra el singular retraimiento que parece señalarse en lo de Galdós.

Hubiese yo preferido que fuese el Estado, que tantas cosas costea sin deber costearlas, el que se encargase de ésta, a mi parecer carga de justicia; mas ya que se prefirió otro sistema, no perdamos la esperanza: lentamente, la suscripción medrará: es imposible que así no suceda.

Cuando veo las estatuas que se erigen, los cargos que se confieren, las iniciativas que se desenvuelven prósperas, me digo a mí misma que ésta no puede malograrse, siendo en favor de un hombre de tan alto valer, de fama tan extensa, de obra tan considerable, y, en su mayor parte, tan española, tan de la raza.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.